



José Luis Lanuza

Vidas ajenas

△

El hombre, detenido ante la vidriera de la librería, se abandona a la contemplación del paisaje de las portadas: un torbellino -que marca- de letras y colores.

El lector asiduo, el gustador de lecturas, el que ha recorrido con los ojos interminables caminos de escritura, kilómetros de renglones de letras plomizas, conoce, generalmente, otro placer: el de probabilizar ante el libro cerrado.

Antes del viaje, el hombre sueña con el viaje. Tampoco la lectura es cosa de iniciarse así como así. Frente a la vidriera de la librería, el lector imagina la dosis de placer, de entretenimiento, de utilidad o de aburrimiento que puede brindarle cada volumen. Tales libros no ha de leer nunca, porque no va imantada hacia ellos su curiosidad. Tales otros sí, pero no es posible leer todo de un golpe. Hay curiosidades, hay placeres, que van quedando postergados, sin duda para siempre.

-138-

El lector suele pasar por un momento de glotonería literaria. Quisiera devorar con los ojos. Pero aún devorar requiere tiempo. Y siempre parece que faltara el tiempo. Aún a los tan desprovistos de todo, que casi no tienen otra cosa que tiempo.

Entre tantos libros que leer, ¿cuáles serán más urgentes? El lector los desviste de su carátula, les quita el colorinche y los imagina en su interior, en su desnudez, en su espíritu, en su realidad.

Es necesario gustar la lectura de muchos libros para quedarnos con unos pocos. A los más los dejaremos para siempre, con los pliegos sin cortar. (Y tal vez nos equivocamos en el juicio, despreciando injustamente a algunos de los que se quedan y valorando demasiado a alguno de los que llevamos, que luego nos decepciona).

Lo difícil es no perder el rumbo en ese laberinto de letra impresa. ¡Libros de técnica, de arte, de historia, de viajes, de política, de imaginación! Y, sobre todo, vidas. Vidas de todo el mundo. Nunca habían desbordado tanto las librerías de literatura biográfica. Sabios, músicos, pintores, banqueros, bandidos, generales, políticos, bailarines, ofrecen su vida al trasluz, íntegra, desde su nacimiento hasta su muerte, a la curiosidad del simple lector, que -139- sin duda también tiene una vida -¡una sola y ya es mucho!- pero no tan brillante ni abillantada como las que ahora contempla a través del vidrio. ¡Cuántas vidas célebres! ¡Cuántas vidas ajenas! ¡Y qué deseos de meterse un poco por todas ellas, vueltos comadres de barrio, del gran barrio de todo el mundo! Al fin y al cabo, saber de vidas tal vez sea una de las mejores sabidurías.

Nuestra época parece entenderlo así. Este siglo va tomando fisonomía, no sólo por la cantidad de vidas que destruye, sino por las que intenta salvar del olvido. Es el siglo de las biografías.

Es claro que no hemos inventado ahora esto de contar vidas. Ya los antiguos poseían extensos repertorios de vidas ilustres: las vidas de los filósofos contadas por Diógenes Laercio, las vidas paralelas de griegos y romanos, parangonadas por Plutarco... En la Edad Media, la leyenda dorada de la vida de los santos. En el Renacimiento la vida de los artistas. Esto sin olvidar a los que no esperaron que otro se ocupara de ellos y contaron sus propias vidas, mejor enterados que cualquiera, en grandes confesiones generales: San Agustín, Benvenuto Cellini, Jean Jacques Rousseau, el caballero Casanova... y aquel español desafortunado, vendedor de almanaques -140- y profecías y catedrático de Salamanca, que se llamó Diego de Torres Villarroel, que vendió su vida en trozos de diez años cada uno -y escribió por lo menos seis- después de encararse con el lector en uno de los más peleadores prólogos que se hayan escrito:

-«Dirás... que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la invención de venderme la vida. Y yo diré que me haga buen provecho; y si te parece mal que yo gane mi vida con mi Vida, ahórcate, que a mí se me da muy poco de la tuya.

Pero el lector no se ahorca, gozoso de poder husmear intimidades de otro y de poder meterse como en casa propia por las vidas ajenas».

Por un momento, el lector de vidas se prueba la que lee como si fuera suya. Se convierte en general, en poeta, en banquero, en músico, en santo, en caballero andante... Se prueba trajes y máscaras que tal vez pudieron tocarle, por cualquier coincidencia, en el reparto de papeles del gran teatro del mundo.

El lector de vidas quiere abarcar el límite de sus posibilidades humanas. Ensayo los extremos de grandeza o de abyección compatibles con su propia naturaleza, la común a todos naturaleza humana.

Como el gallo que dialoga con Micilo, el Zapatero de Luciano, imagina infinitas transmigraciones. En el *Cróton*, libro abigarrado del siglo XVI, el gallo de Luciano vuelve a charlar y asegura al Zapatero «que puede ser que una misma alma, habiendo sido criada de largo tiempo, haya venido en infinitos cuerpos, y que ahora quinientos años hubiese sido rey, y después un miserable aguadero, y así en un tiempo un hombre sabio, y en otro un necio, y en otro rana, y en otro asno, caballo o puerco...». Y por eso cuenta sus muchas vidas, porque él fue el filósofo Pitágoras, y Sardanápalo, rey de los Medos, [sic] y el emperador Heliogábalo, y ha asumido muchos estados: capitán y monja, y clérigo y mujer alegre, además de varios animales...

Al hombre lo ilusiona la idea de poder hacer varias salidas al mundo, como el actor que, después de haber representado su drama, se cambia de trajes, de facciones, y aún de gestos y voces, para representar una obra nueva.

Es cierto que sin meterse en fantasías de transmigraciones, dentro del mismo término natural de una vida, puede asumir diversos papeles y cambiar repetidamente de aspecto y de estado. En una célebre novela árabe, el narrador refiere sus múltiples -142- encuentros con un increíble aventurero: Azu Zeíd, que se le aparece a cada rato «disfrazado con los más variados trajes y desempeñando los más variados oficios: unas veces predicando en la vía pública con gran compunción de su auditorio, otras emborrachándose en la taberna con la limosna que recoge de sus predicaciones: ya presentándose como abogado, ya como médico; ora como maestro de escuela, como falso anacoreta, como mendigo, ciego y cojo, explotando siempre, de una manera u otra la credulidad pública». Es Menéndez y Pelayo, en su *Orígenes de la novela* el que resume sus andanzas.

¿Cómo imaginar los límites de una vida cualquiera? En las *Mil y una noches*, cualquier personaje, el más oscuro, el que hemos creído más insignificante, nos asombra, de pronto, refiriéndonos una historia maravillosa. El que parecía ser abarcado de un vistazo, se despliega de golpe como un abanico de naipes. Otros, en cambio, se quedan tan borrosos que resulta difícil distinguirlos, y entre muchos, apenas parecen integrar la masa informe de uno, grisácea, e indeterminada. Además, el tiempo despinta las vidas. El que creyó ser alguien, va perdiendo sus contornos, desvaneciéndose hasta -143- quedar borrado del todo, olvidado. O, lo que es casi tan grave, confundido con otros.

Del autor del *Cróton*, el que imaginó las muchas vidas del gallo transmigrador, creemos que se llamaba Cristóbal de Villalón. Pero ¿quién fue este Cristóbal de Villalón, hombre del siglo XVI? No sabemos casi nada. Los eruditos han encontrado rastros de gente de tal nombre. Uno era mercader; otro borceguillero; «otro casado con cierta Catalina de Cárdenas»; otro, esclavo en Argel por el mismo tiempo del cautiverio de Cervantes...

¿Otro? ¿El mismo? El que imaginó vivir muchas vidas, apenas puede deslindar la suya, confundida en la fosa común de los homónimos.

Dentro de la enorme masa de vivientes, continuamente renovada, resulta difícil distinguir personalidades. En un libro de la Edad Media, *El filósofo Segundo*, se registran las respuestas que este supuesto filósofo dio a un supuesto emperador:

-¿Qué es el hombre? -pregunta el emperador.

Y el filósofo contesta:

-Voluntad encarnada, fantasma del tiempo...

Mucho después, otro filósofo, llamado Schopenhauer, daría una respuesta parecida. La voluntad es lo que realmente existe, encarnada en múltiples -144- figurillas humanas, fantasmas del tiempo que tienen la ilusión de ser individuales, de tener personalidad...

-No hay vidas completamente ajenas -piensa el hombre ante la vidriera de la librería-. Todas las vidas son un poco de todos y a cada uno le toca algo de cualquier excelencia o miseria de la especie.

Pero recuerda, de pronto, que se ha quedado mucho rato perdido en divagaciones. Y el hombre continúa su marcha por la calle, mezclado -como una gota de agua en la corriente- en el apretujado remolino del gentío.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo